

TRES MONÓLOGOS

DE WILLIAM SHAKESPEARE

HAMLET
(1599/1601)

Acto III. Escena IV

Hamlet.- Ser o no ser: todo el problema es ése.
 ¿Qué es más noble al espíritu: sufrir golpes y dardos de la airada suerte, o tomar armas contra un mar de angustias y darles fin a todas combatiéndolas? Morir..., dormir; no más y con un sueño saber que dimos fin a las congojas, y a los mil sobresaltos naturales que componen la herencia de la carne, consumación es ésta que con ruegos se puede desear. Morir, dormir, ¡Dormir! ¡Tal vez soñar! ¡He ahí el obstáculo! Porque el pensar en qué sueños podrían llegar en ese sueño de la muerte, cuando ya nos hayamos desprendido de este estorbo mortal de nuestro cuerpo, nos ha de contener. Ese respeto larga existencia presta al infortunio. pero ¿quién soportará los azotes, los escarnios del mundo, la injusticia del opresor, la afrenta del soberbio, del amor desairado las angustias, las duras dilaciones de las leyes, la insolencia del cargo y los desprecios que el pacienczudo mérito recibe del hombre indigno, cuando por sí solo podría procurarse su descanso con un simple estilete? ¿Quién querría, llevar cargas, gemir y trasudar bajo una vida por demás tediosa, sin el temor de algo tras la muerte (esa ignota región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno) que nuestra voluntad deja perpleja y antes nos hace soportar los males



que ya tenemos, que volar a otros
que nos son, en verdad, desconocidos?
Así, de todos hace la conciencia
unos cobardes, y el matiz primero
de la resolución, así desmaya
bajo el pálido tinte de la idea;
y las empresas de vigor y empeño,
por esta sola consideración
tuercen el curso inopinadamente
y dejan de tener nombre de acción.

JULIO CÉSAR
(1599)

Acto III. Escena II

Antonio.- Amigos, romanos, compatriotas, escuchadme: he venido a enterrar a César, no a ensalzarlo. El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele quedar sepultado con sus huesos. Que así ocurra con César.

Bruto os ha dicho que César era ambicioso: si lo fue, era la suya una falta grave, y gravemente la ha pagado. Por la benevolencia de Bruto y de los demás, pues Bruto es un hombre de honor, como lo son todos, he venido a hablar en el funeral de César. Fue mi amigo, fiel y justo conmigo; pero Bruto dice que era ambicioso. Bruto es un hombre honorable. Trajo a Roma muchos prisioneros de guerra, cuyos rescates llenaron el tesoro público. ¿Puede verse en esto la ambición de César? Cuando el pobre lloró, César lo consoló. La ambición suele estar hecha de una aleación más dura. Pero Bruto dice que era ambicioso y Bruto es un hombre de honor.

Todos visteis que, en las Lupercales, le ofrecí tres veces una corona real, y tres veces la rechazó. ¿Eso era ambición? Pero Bruto dice que era ambicioso y es indudable que Bruto es un hombre de honor.

No hablo para desmentir lo que Bruto dijo, sino que estoy aquí para decir lo que sé. Todos le amasteis alguna vez, y no sin razón. ¿Qué razón, entonces, os impide ahora hacerle el duelo? ¡Ay, raciocinio te has refugiado entre las bestias, y los hombres han perdido la razón!... Perdonadme. Mi corazón está ahí, en esos despojos fúnebres, con César, y he de detenerme hasta que vuelva en mí...

Primer ciudadano.- Creo que hay mucha sabiduría en lo que dice
Segundo ciudadano: Si te paras a pensarlo, César cometió un gran error

Tercer ciudadano.- ¿Ah, sí? Me temo que alguien peor ocupará su lugar.

Cuarto ciudadano.- ¿Le has prestado atención? No creo que él quisiera tomar la corona. Y por lo tanto, no era un ambicioso.

Primer ciudadano.- Y si se descubriera que lo fue... algunos lo soportaríamos.

Segundo ciudadano.- Pobrecillo, sus ojos están rojos como el fuego de llorar...

Tercer ciudadano.- No hay nadie más noble en Roma que Antonio.

Cuarto ciudadano.- Préstale atención, que empieza a hablar otra vez.



Antonio.- Ayer la palabra de César hubiera prevalecido contra el mundo. Ahora yace ahí y nadie hay lo suficientemente humilde como para reverenciarlo. ¡Oh, señores! Si tuviera el propósito de excitar a vuestras mentes y vuestros corazones al motín y a la cólera, sería injusto con Bruto y con Casio, quienes, como todos sabéis, son hombres de honor. No quiero ser injusto con ellos. Prefiero serlo con el muerto, conmigo y con vosotros, antes que con esos hombres tan honorables! Pero aquí hay un pergamino con el sello de César. Lo encontré en su gabinete. Es su testamento. Si se hiciera público este testamento que, perdonadme, no tengo intención de leer, irían a besar las heridas de César muerto y a empapar sus pañuelos en su sagrada sangre. Sí. Suplicarían un cabello suyo como reliquia, y al morir lo mencionaría en su testamento, como un rico legado a su posteridad!

Cuarto ciudadano.- Queremos escuchar el testamento. Léelo, Marco Antonio.

Todos los ciudadanos.- ¡El testamento!. ¡El testamento! Queremos escuchar el testamento del César.

Antonio.- Tened paciencia, amigos. No debo leerlo. No es conveniente que sepáis hasta qué extremo os amó César. No estáis hechos de madera, no estáis hechos de piedra, sois hombres, y, como hombres, si oís el testamento de César os vais a enfurecer, os vais a volver locos. No es bueno que sepáis que sois sus herederos, pues si lo supierais, podría ocurrir cualquier cosa.

Cuarto ciudadano.- Lee el testamento. Queremos escucharlo, Antonio: debes leernos el testamento, el testamento de Cesar.

Antonio.- ¿Queréis tener paciencia? ¿Queréis esperar un momento? He ido demasiado lejos en deciros esto. Temo agraviar a los honorables hombres cuyos puñales traspasaron a César. ¡Lo temo!

Cuarto ciudadano.- ¡Esos hombres honorables son unos traidores!

Todos los ciudadanos.- ¡El testamento! ¡El testamento!

Segundo ciudadano.- ¡Son unos miserables asesinos! ¡El testamento! ¡Lee el testamento!

Antonio.- ¿Me obligáis a que lea el testamento? En ese caso, formad círculo en torno al cadáver de César, y dejadme mostraros al que hizo el testamento. ¿Bajo? ¿Me dais vuestro permiso?

Todos los ciudadanos.- ¡Baja!

Segundo ciudadano.- ¡Baja!

Tercer ciudadano.- ¡Tienes permiso!

Cuarto ciudadano.- Acercaos, haced un círculo.

Primer ciudadano.- Haced sitio al cadáver.

Segundo ciudadano.- Haced sitio al noble Antonio.

Antonio. ¡No me empujéis! ¡Alejaos!

Todos.- ¡Atrás, atrás!

Antonio.- Si tenéis lágrimas, preparaos a derramarlas. Todos conocéis este manto. Recuerdo la primera vez que César se lo puso. Era una tarde de verano, en su tienda, el día que venció a los nervios. ¡Mirad: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Ved que brecha abrió el envidioso Casca! ¡Por esta otra le apuñaló su muy amado Bruto! Y al retirar su maldito acero, observad como la sangre de César lo siguió, como si abriera de par en par para cerciorarse si Bruto, malignamente, la hubiera llamado. Porque Bruto, como sabéis, era el ángel de César. ¡Juzgad, oh dioses, con que ternura le amaba César! ¡Ese fue el golpe más cruel de todos, porque cuando el noble César vio que él lo apuñalaba, la ingratitud, más fuerte que las armas de los traidores, lo aniquiló completamente. Entonces estalló su poderoso corazón, y, cubriéndose el rostro con el



manto, el gran César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo, al pie de la cual se desangró... ¡Oh qué funesta caída, conciudadanos! En aquel momento, yo, y vosotros, y todos, caímos, mientras la sangrienta traición nos sumergía. Ahora lloráis, y me doy cuenta que empezáis a sentir piedad. Esas lágrimas son generosas. Almas compasivas: ¿por qué lloráis, si sólo habéis visto la desgarrada túnica de César? Mirad aquí. Aquí está, desfigurado, como veis, por los traidores.

Primer ciudadano.- ¡Penoso espectáculo!

Segundo ciudadano.- ¡Ay, noble César!

Tercer ciudadano.- ¡Funesto día!

Cuarto ciudadano.- ¡Traidores! ¡Miserables!

Primer ciudadano.- ¡Sangrienta visión!

Segundo ciudadano.- ¡Queremos venganza!

Todos.- ¡Venganza! ¡Juntos! Perseguidlos, quemadlos, matadlos, degolladlos, no dejar un traidor vivo!

Antonio.- ¡Conteneos, ciudadanos!

Primer ciudadano.- ¡Calma! ¡Escuchemos al noble Antonio!

Segundo ciudadano.- Lo escucharemos, lo seguiremos y moriremos por él.

Antonio.- Amigos, queridos amigos: que no sea yo quien os empuje al motín. Los que han consumado esta acción son hombres dignos. Desconozco qué secretos agravios tenían para hacer lo que hicieron. Ellos son sabios y honorables, y no dudo que os darán razones. No he venido, amigos, a excitar vuestras pasiones. Yo no soy orador como Bruto, sino, como todos sabéis, un hombre franco y sencillo, que quería a mi amigo, y eso lo saben muy bien los que me permitieron hablar de él en público. Porque no tengo ni talento, ni elocuencia, ni mérito, ni estilo, ni ademanes, ni el poder de la oratoria para enardecer la sangre de los hombres. Hablo llanamente y sólo digo lo que vosotros mismos sabéis. Os muestro las heridas del amado César, pobres, pobres bocas mudas, y les pido que ellas hablen por mí. Pues si yo fuera Bruto, y Bruto Antonio, ese Antonio exasperaría vuestras almas y pondría una lengua en cada herida de César capaz de conmover y amotinar los cimientos de Roma.

Todos.- Nos amotinaremos.

Primer ciudadano.- ¡Quemaremos la casa de Bruto!

Tercer ciudadano.- ¡Vamos, pues, persigamos a los conspiradores!

Antonio.- Escuchadme, ciudadanos. Escuchadme lo que tengo que decir.

Todos.- ¡Alto! Escuchemos al noble Antonio.

Antonio.- ¡Pero, amigos, no sabéis lo que vais a hacer! ¿Qué ha hecho César para merecer vuestro afecto? No lo sabéis. Yo os lo diré. Habéis olvidado el testamento de que os hablé. Todos: ¡Es verdad, el testamento! Esperemos a oír el testamento. Antonio: Aquí está, con el sello de César. A todos y cada uno de los ciudadanos de Roma, lega setenta y cinco dracmas.

Ciudadano segundo.- ¡Noble César! ¡Vengaremos su muerte!

Tercer ciudadano.- ¡Oh, magnánimo César!

Antonio.- Tened paciencia y escuchadme.

Todos.- ¡Alto!

Antonio.- Lega, además, todos sus paseos, sus quintas particulares y sus jardines, recién plantados a este lado del Tíber. Los deja a perpetuidad a vosotros y a vuestros herederos, como parques públicos, para que os paseéis y recreéis. ¡Éste sí que era un César! ¿Cuándo tendréis otro como él?



EL MERCADER DE VENECIA
(1600)

Acto III. Escena I

Shylock.- Él me había avergonzado y perjudicado en medio millón, se rió de mis pérdidas y burlado de mis ganancias. Despreció a mi nación, desbarató mis negocios, enfrió a mis amigos y calentó a mis enemigos; ¿y cuál es su motivo?: “Soy un judío”. ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no se alimenta de la misma comida, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por los mismos medios, calentado y enfriado por el mismo verano y por el mismo invierno que un cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no nos reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos? Y si nos ultrajáis, ¿no nos vengaremos? Si nos parecemos en todo lo demás, nos pareceremos también en eso. Si un judío insulta a un cristiano, ¿cuál será la humildad de éste? La venganza. Si un cristiano ultraja a un judío, ¿qué nombre deberá llevar la paciencia del judío, si quiere seguir el ejemplo del cristiano? Pues venganza. La villanía que me enseñáis la pondré en práctica, y malo será que yo no sobrepase la instrucción que me habéis dado.

